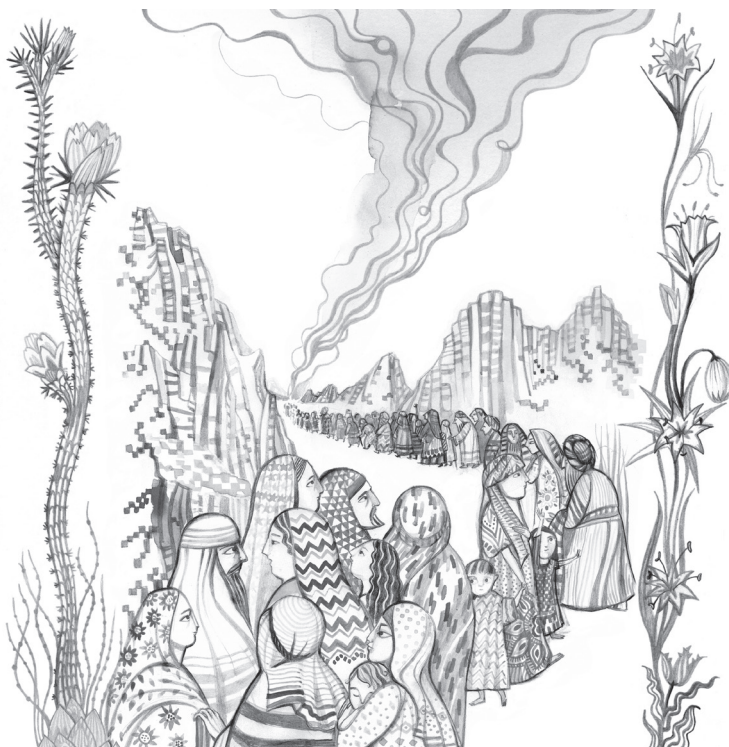


Misioneros de la alegría

Itinerario para laicos 6.0

Estar atentos y vigilantes



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Sesión 4

Estar atentos y vigilantes

Oración inicial

*Aquí estamos, Padre, reunidos en tu nombre.
Queremos escuchar tu Palabra que es Jesús, camino, verdad y vida.
Permítenos escuchar la llamada que Él hizo y continúa haciendo:
sígueme.*

*Una palabra inagotable que hemos escuchado tantas veces.
Indícanos el modo de ir en pos de Jesús, de imitarle, de acoger sus
sentimientos, su estilo de vida.*

*Concédenos el don del Espíritu que permita que la llamada de Jesús
resuene en nosotros, para que así comprendamos y vivamos nuestra
vocación: ser santos, ser discípulos misioneros de Cristo.*

*Unidos a la Virgen María, que conservaba la Palabra en su corazón y,
con ella, a todos los testigos de la fe que con su ejemplo nos han precedido.*

Amén.

Hacemos un momento de lectura orante de la Biblia. En actitud de oración, dejamos que la Palabra nos ilumine y nos renueve. En presencia de Dios, hacemos una lectura reposada del texto.

LECTIO CUARTA SESIÓN

Lectura del santo evangelio según san Mateo (13, 24-30)

Les propuso otra parábola: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. Él le dijo: “Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo”. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero».

Palabra del Señor.

Leemos de nuevo, cada uno, el texto en silencio.

Y compartimos con los demás:

- + ¿Qué me llama la atención del texto?
- + ¿Qué frase o palabra ha resonado de un modo especial en mí?
- + ¿A qué me invita este relato evangélico?

Comentario

El evangelista Mateo, conocido por la tradición como el catequista, coloca en el capítulo trece un conjunto de siete parábolas

sobre el reino de los cielos. Y las dispone en dos bloques: en público (la gente no las comprende) y en privado (a los discípulos, que sí comprenden).

La parábola del trigo y la cizaña es una enseñanza pronunciada por Jesús a orillas del mar de Galilea, ante un auditorio numeroso, donde se encuentran también los discípulos.

Con esta parábola, al igual que ocurre con el resto, Jesús va a explicar en qué consiste el reino de los cielos. Esta expresión es típica del evangelista Mateo (la usa treinta y tres veces) e indica el gobierno absoluto de Dios sobre el mundo, su soberanía sobre todo lo creado.

Aunque es cierto que Dios es el rey de la creación, también conocemos por la Biblia que, el mundo está bajo el maligno y que el diablo tiene su poder y utiliza sus armas para doblegar al ser humano, que es débil, desde los inicios, a causa del pecado (*Gén 3*). Sin embargo, este reino de Satanás puede ser vencido cada día por la voluntad de Dios y al final de los tiempos será plenamente derrotado (*Miq 4, 1-3; Ap 20, 4*).

En esta parábola, Jesús reanuda su enseñanza donde la había dejado al acabar la parábola del sembrador. Nos había dicho que una cuarta parte de la semilla sembrada cayó en tierra buena. Y ahora se narra la historia de un agricultor que ha sembrado buena semilla, esperando, por tanto, que diera un buen rendimiento. Pero un enemigo, por la noche, siembra cizaña y empieza a crecer junto al trigo, la semilla buena. Más adelante el mismo Jesús explica el significado de cada uno de los elementos de esta parábola: «Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino, y la cizaña son los partidarios del Maligno. El enemigo que la siembra es el diablo», (*Mt 13, 37-39*).

La primera y fundamental consecuencia práctica que podemos obtener es que el reino de Dios, la siembra de la Palabra, que es buena semilla, encuentra obstáculos en su desarrollo, que se resumen en una idea: la existencia del mal, la acción del diablo. Y es muy importante que no nos olvidemos de esta realidad tan evidente, que también se da en el corazón del ser humano, en el cristiano, en la Iglesia, en la sociedad y en el mundo en general. En mi vida, en la Iglesia, a mi alrededor Dios ha sembrado buena semilla, pero ha nacido también “cizaña”, causada por el Maligno.

El texto pone de manifiesto que ambas semillas, trigo y cizaña, están creciendo juntas. Esto nos sucede también a nosotros y ocurre a nuestro alrededor, que el bien y el mal están entremezclados, nos cuesta diferenciarlos. Por eso nuestra actitud debe ser la de estar atentos y vigilantes, en continuo discernimiento, para saber distinguir entre buena y mala semilla.

Los criados, al ver lo sucedido y sorprendidos, piensan que lo mejor es arrancar cuanto antes la cizaña. Esta sería también, probablemente, nuestra tentación. Considerándonos «trigo limpio» nos precipitamos en juzgar, en condenar y en separar rápidamente la cizaña y el trigo. Jesús nos invita a no precipitarnos, no sea que con nuestro modo de hablar o actuar causemos más problemas de los que resolvamos, no sea que destruyamos lo bueno con lo malo, que «al recoger la cizaña podamos arrancar también el trigo» (cf. *Mt* 13, 29).

Afirma el texto que el mejor momento para separar el trigo de la cizaña es cuando llegue el tiempo de la siega, es decir, cuando haya dado sus frutos. Ya lo decía Jesús en otro pasaje evangélico: «por sus frutos los conoceréis» (*Mt* 7, 16). El discernimiento, en nuestra vida, nos tiene que llevar a actuar y en ese actuar se va a verificar si nuestra elección fue acertada o no, si obramos movidos por Dios o por el diablo.

La última frase de la parábola nos ofrece una clave fundamental: paciencia. San Agustín decía: «solo Dios conoce a los suyos». Solo Él sabe quién vive con su corazón abierto al Misterio, respondiendo, desde su debilidad, en continua lucha, a su deseo más profundo de paz, amor y solidaridad entre los hombres.

Con esta parábola, el Señor nos pide paciencia con aquellos que no alcanzan “el estándar”, que nosotros mismos hemos marcado. Paciencia en nuestras relaciones familiares, con nuestros hermanos de trabajo, con la Iglesia, con los que están fuera de la Iglesia...

No juzguemos y dejemos que Dios sea Dios, porque solo Él conoce los corazones.

MEDITATIO

El reino de Dios ya está entre nosotros, pero todavía no se ha manifestado en toda su plenitud. En nuestro camino de seguimiento de Jesús, en nuestra vocación a la santidad, encontramos luchas, dificultades y tentaciones. Jesús, porque era hombre como nosotros, también recorrió este camino y fue probado hasta la muerte. «La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida» (GE, n. 158). Un combate que se realiza con la certeza de que el Señor siempre está y tiene la última palabra. La buena semilla siempre está en crecimiento.

Pero, el combate de la vida cristiana no es solo contra nuestras inclinaciones malas ni contra el ambiente social que a veces nos aleja del camino de Jesús, sino que «es también una lucha constante contra el diablo, que es príncipe del mal. Jesús festeja nuestras victorias.

Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno» (GE, n. 159).

«No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros, es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva» (GE, n. 160). Frente a esto, estamos llamados a vivir vigilantes y confiados. La Palabra de Dios nos habla de la fuerza liberadora de Jesús, aunque es necesario tener paciencia para saber distinguir las malas hierbas que van siempre mezcladas con el buen trigo.

Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero (GE, n. 162).

Pero debemos estar vigilantes. «Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque “el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. El triunfo cristiano es siempre cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria”» (GE, n. 163). Un camino que tiene que superar el mayor de los obstáculos: el miedo al conflicto, que hace pensar que la mejor respuesta ante la vida es la equidistancia, que rebaja la novedad y la fuerza del Evangelio. El combate cristiano necesita libertad, audacia, una forma de pensar abierta. Lo contrario es el acomodamiento, la mediocridad, el reducirlo todo a nuestros intereses y no a los de Jesucristo.

La vida santa no es simplemente la vida virtuosa, sino la que sabe descubrir y acoger la acción del Espíritu Santo en la realidad

de la vida, y la segunda. Esto nos lleva a la cuestión permanente: «¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo?» (GE, n. 166). Esto nos introduce en un tema decisivo: el discernimiento. Este supone la capacidad de razonar o de sentido común, pero ante todo es un don que hay que pedir al Espíritu Santo. Un proceso que se desarrolla con la oración, la reflexión y el buen consejo.

«Hoy día, el hábito del discernimiento se ha vuelto particularmente necesario. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas. Todos, pero especialmente los jóvenes, están expuestos a un zapping constante (...). Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento» (GE, n. 167).

Discernir es un «instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer» (GE, n. 169).

En esta línea es muy importante que cada día, en la oración, hagamos un sincero examen de conciencia, para descubrir qué dones hemos recibido del Señor, qué inspiraciones o qué obstáculos, o también si nos hemos alejado de su camino de vida.

El discernimiento es, ante todo, una gracia. Está en juego nuestra relación con Cristo y con el reino que Él nos trae, con sus valores y actitudes (cf. GE, n. 169). El discernimiento requiere de partir de una situación de escuchar al Señor, a los demás, a la realidad que nos envuelve; dejarnos interpelar. Siempre hace referencia al eco de la realidad en nosotros. Porque el Señor nos visita tanto en el momento en que experimentamos el consuelo de su presencia, como en la dificultad y en los grandes desafíos en que está en juego la vida de todo y de todos.

«Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodiaba, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación. No se trata de aplicar recetas o de repetir el pasado, ya que las mismas soluciones no son válidas en toda circunstancia y lo que era útil en un contexto puede no serlo en otro. El discernimiento de espíritus nos libera de la rigidez, que no tiene lugar ante el perenne hoy del Resucitado. Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio» (GE, n. 173).

Se discierne educándonos en la paciencia de Dios y en sus tiempos. «Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros. Él no hace caer fuego sobre los infieles (cf. *Lc* 9, 54), ni permite a los celosos “arrancar la cizaña” que crece junto al trigo» (cf. *Mt* 13, 29). También se requiere generosidad, porque «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20, 35). No se discierne para descubrir qué más le podemos sacar a esta vida, sino para reconocer cómo podemos cumplir mejor esa misión que se nos ha confiado en el Bautismo, y eso implica estar dispuestos a renuncias hasta darlo todo (GE, n. 174).

Sin duda, en el camino del discernimiento es preciso descubrir cuáles son nuestros miedos, lo que nos impide avanzar. Hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vetarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos (GE, n. 175).

CONTEMPLATIO

La parábola sobre la que hemos hecho la *lectio* es ahora la que orienta nuestra contemplación. Nos habla de la siembra del Reino y de los obstáculos que esta encuentra. Existe un tiempo entre la siembra y el desarrollo del reino que el enemigo aprovecha. Ante esto, Jesús nos recuerda la paciente tolerancia de Dios mismo. A veces nosotros, ante las dificultades, ¿intentamos destruir o construir? ¿Corregir o también impulsar? Movidos por el perfeccionismo, ¿nos gustaría cambiarlo todo? ¿Dónde nos situamos?

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el papa Francisco nos recuerda que «en un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, resucita transformada a través de las tormentas de la historia (...). Esa es la fuerza de la Resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo» (EG, n. 276).

Este texto nos ayuda e ilumina a comprender el dinamismo de la cizaña y el buen trigo. A la luz de la parábola, ¿qué dificultades vemos reflejadas al realizar nuestra misión?

No olvidemos que «cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aún en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes» (GE, n. 175).

Y dejándonos mirar por el Señor que siempre nos ama, preguntémosnos: ¿le dejo entrar en mi vida? ¿Me pongo en camino aún con todas mis limitaciones y dificultades?

ACTIO

El discernimiento no lleva a una introspección hacia nosotros mismos, sino a una salida hacia el Misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la que nos ha llamado. Esto requiere una gran capacidad para dialogar con la realidad y situarnos allí para descubrir, en el aquí y ahora, la llamada de Dios (cf. GE, n. 175).

Tomar decisiones y orientar las propias acciones en situaciones de incertidumbre y frente a impulsos internos contradictorios, es el ámbito del ejercicio del discernimiento. Existe un discernimiento de lo que llamamos “signos de los tiempos”, que lleva a reconocer la presencia y la acción del Espíritu Santo en la historia. Existe otro discernimiento de tipo más personal que afecta a nuestra moralidad y que distingue lo que es bueno de lo que es malo. También está el discernimiento espiritual, que trata de reconocer dónde está la tentación para rechazarla y cuál es el camino a seguir para responder a la llamada del Señor.

Entrenar y capacitarnos para lograr el hábito de poner en práctica los elementos que configuran el discernimiento es una tarea fundamental. Dichos momentos del proceso para discernir son: reconocer, interpretar y elegir.

Reconocer

Se refiere a los efectos que los acontecimientos provocan en mi vida: personas que encuentro, palabras que escucho o leo y que se manifiestan en sensaciones de tristeza, oscuridad, miedo, alegría, paz. Reconocer exige hacer que se manifieste esta riqueza emotiva y percibir la cercanía o la distancia que experimento ante esta realidad, entre lo que estoy experimentando y mi ser más profundo. En esta fase reviste una gran importancia la Palabra de Dios y su proyección en la vida.

Interpretar

No basta con reconocer lo que hemos experimentado, hay que interpretarlo; es decir, comprender a qué nos llama el Espíritu a través de lo que suscita en cada uno de nosotros. Es la hora de confrontarse, a la luz de la Palabra, con la misión que desarrollamos en la vida. El peligro aquí es contentarse con una lógica de lo mínimo, si lo que hacemos es legal o no, sin abrirse a lo que el Señor nos pide. Recordemos el encuentro de Jesús con el joven rico.

Elegir

Una vez reconocido e interpretado los efectos de los acontecimientos en nuestra vida, es la hora de elegir, de realizar el ejercicio de nuestra responsabilidad. Una elección que no es ciega, sino consciente, y tiene en cuenta, las limitaciones, trata de responder de forma concreta. A su vez, la elección, debe ser sometida a los hechos, de forma que ésta no quede solamente reducida a nuestro ámbito interior sino que se concrete en la acción. En esta línea, se impone salir, incluso del miedo de equivocarse. Pasar a la acción.

Os invitamos a analizar, siguiendo esta lógica, a discernir algún tema de actualidad: la precariedad del trabajo que ofrece nuestra sociedad; qué consecuencias tiene, qué decimos y qué hacemos ante eso. La ruptura generacional respecto a los valores socialmente compartidos: los jóvenes no comparten lo mismo que los mayores: qué nos dice esto y qué vamos a hacer...

Oración

Señor,
si estamos atentos y aprendemos a discernir los signos de tu presencia, oímos con claridad las señales de tu llamada en nuestra puerta.

Y cuando te abrimos y te acogemos,
como un huésped grato en nuestra vida,
el tiempo que pasamos juntos nos reanima.

En tu mesa compartimos
la Palabra de la sabiduría y la promesa,
el pan de la ternura y la fuerza,
el vino de la alegría y el sacrificio,
la oración de acción de gracias y el abandono en las manos del Padre.

Así, al volver nuestros ojos a nuestra vida,
descubrimos que tú siempre estás en todo, con nosotros.

Nos llamas y nos acompañas.

Y entonces comprendemos nuestra misión: amar y servir.

Es la sabiduría que tu Espíritu Santo alienta en nosotros.

Espíritu Santo danos el don del discernimiento.

Amén.

Información: el camino hacia el Congreso

- El final de esta primera fase, Itinerario para laicos, concluye con un Encuentro o Asamblea Diocesana, que abordará la cuestión de los caminos de la santidad, como concreción de la reflexión llevada a cabo.
- Próximamente se mandará un esquema para la realización de la Asamblea.
- El fruto de lo reflexionado y compartido en el Encuentro Diocesano servirá para confeccionar un *Instrumentum laboris* desde la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar.
- El Congreso de Laicos está previsto para el primer trimestre del año 2020. En breve se comunicará la fecha exacta y cómo se va a preparar.

